

# Muertes mineradas

en la ciudad asilo de El Rosario, Sinaloa (1655-1945)

## DÁMASO MURÚA

Rosario fue un pueblo bravo que devoró la mina poco a poco, en trescientos años, y se volvió silencioso. Cuatro panteones han sido necesarios para enterrar barreteros traspasados de los pulmones, que cayeron en desigual batalla. El panteón número 1, rumbo a Aguaverde, está lleno de muertos. Del Panteón de Los Viruelientos nadie quiere acordarse. Funcionó en una época en que la gente se moría como las gallinas asoladas por ciertas plagas. El Panteón del Nahuatl fue improvisado para recibir cadáveres en la época del cólera, de la viruela negra. Y se llenó pronto. Queda abierto –con fauces adornadas por espléndidos camichines– el Panteón San Juan, urbanizado con veredas curvadas, como las calles del Rosario. Ahí descansan muchos de los que no quisieron irse a otra parte a añorar, esta tierra. Los minerales cobran un caro precio al hombre, pero los mineros aman su destino con intensidad rayana en la locura. Señaló el cronista tercero, Pancho Gil Leyva:

“Las ciudades son como las personas; conservan en la madurez y aún en los estados de postración, rasgos que revelan su pasado, que ponen de manifiesto si la mala o buena estrella brilló en su existencia, que delatan si la vida de pasados años fue grata o por el contrario fue gris, penosa y desvalida. Y Rosario por sus edificios, por sus casas y por sus habitantes, dice con voz clara y sonora que tuvo un esplendor económico y cultural,

quedando de este último aspecto pruebas palpables. En una ciudad que se ufana de haber sido el puente para que la obra colonizadora se extendiera por todo el Estado; ahí tiene a Chametla que por una paradoja histórica, primero fue madre y hoy es hija, demasiado entrada en años, que posee de acuerdo con las informaciones de los aborígenes teñidas por el rojo vivo del localismo, la primera cárcel construida por los españoles en lo que hoy es el Estado de Sinaloa...

“Del Real de Minas del Rosario, sólo quedan vestigios. Hay ruinas. La firmeza de los cimientos se vio socavada por los trabajos subterráneos que llevaron a cabo por un periodo que se aproxima a las tres centurias, Bonifacio Rojas y grupos asilados de gambusinos, primero, y La Guadalupana y Minas del Tajo después. Y hay ruinas... Ellas determinan en quien las contempla un estado de ánimo especial. Inconsciente, el observador de esos pilares diseminados por el suelo, de trozos de pisos que como lagunas se divisan entre la hierba avasallante, piensa en sí mismo, en el hombre, en su historia, en la humanidad, en los valores, en lo sobrenatural. Son dos individuos distintos el que llegó ante las ruinas y el que se aleja de ellas.”

Sí, dos seres distintos. Uno, el niño que devoraba nieve junto al barril sonajero de Nacho Silva. Otro, el joven indignado, colérico ante la impotencia de este pueblo socavado por la lepra, la miseria, el llanto. Recuerdo que pensé que jamás sucumbiría. Aquel pue-

blo que decoraba mi infancia no podía morir. Y estoy serio, pensativo, por este otro Rosario, silicoso, explotado hasta la saciedad hasta el acabose. Primero por hombres rubios, iberos y del norte, después por mineros de rostro cachazudo que vendieron la maquinaria para acabar de una buena vez con lo que fuera.

Minas del Tajo, S.A. Principal fundo "El Bramador", descubierto en 1873; "desde entonces la empresa ha dado muchos millones de pesos de utilidades, y todavía continúa pagando dividendos con regularidad cada tres meses..." Dueños: John Bradbury, presidente, John Jr., gerente general, Santiago S. Winston, secretario. Las acciones de la mina, las compró Bradbury en San Francisco, California.

Minas de Santa Gertrudis, S.A. Propietarios: J. W. Winston y esposa, I. H. Polk y Charles Schneider.

Mina La Guadalupana, S.A. propietario: Alejandro S. McDougall.

Minas Hidalgo y anexas, S.A. presidente: Alejandro S. Mc Dougall.

Datos del año de 1898. Alfredo Ibarra nos sigue diciendo:

"Hombres que bajan al corazón de la tierra con la pequeña lámpara de carburo de calcio, casi encuerados, con paliacate de calzón, huarachis de tres puntadas; que entran en una jaula que sube y baja un cable de acero que se enreda en un gran rodillo. El malacate funciona incansablemente; unos entran otros salen. Limpios, peinados, olorosos a jabón y con caras alegres. Los que salen, están sucios, sudorosos, exhaustos por doce horas de trabajo arañando las entrañas de la tierra; huelen a carburo y a tepetate, esa piedra durísima y blanca con manchas oscuras que abolla la mejor punta y gasta para fina el acero de las barretas".

Los extranjeros, dueños de la mina, difieren un poco:

"Mr. Minch, va al correo. Es típico Mr. Minch con su sombrero de alas anchas, parece un bohemio; sus cristales dorados, su cara blanca y pecosa y sus ojos azules,

inexpresivos, que contrastan con el color negro de su pipa..."

"Fuera huele también. Hay un olor húmedo, a fierros viejos, huesos de un gran esqueleto, hundidos en los terrenos en que vacía el metal que no tiene ley o que es incosteable para su explotación. Hay un olor de aceite negro que cubre las grandes ruedas dentadas que giran continuamente, olor de alquitrán en que hunden los postes que se enclavan para levantar cercas de alambre de púas que acotan las propiedades de la Compañía; y hay olor de azufre y de ácidos, típicos olores que salen de los tanques de lexiviación o de cianuración, en que una agua lodoza está en continuo trabajar. Y hace un ruido infernal el molino, producido por el continuo caer de la balas de acero sobre el metal en movimiento."

Gratuitamente, la Compañía, llevaba a la antesala del Nanahuate:

"Por las manos de Pastora pasaron los mineros enfermos, desde el que tenía un padecimiento incurable hasta el que había respirado polvo de tepetate y se había convertido en silicoso..."

La revista de 1898, en elegante papel couché, redacta en inglés y español, consigna el retrato de Francisco Cañedo, por treinta años gobernador del Estado de Sinaloa, a quien los serviles porfiristas regionales acuñaron con su nombre tres estaciones de ferrocarril:

Estación don

Estación francisco

Estación cañedo

Rosario es un pueblo que resistió la influencia española, el cólera, el vómito prieto, la viruela negra. Pero no resistió a la codicia inacabable del hombre. El cólico alto y el dolor de costado eran males menores. Se soportaron fácilmente. No así la codicia.

Pero que don Alfredo Ibarra nos cuente de la mina y sus dolores:

"Pobre Joaquín Jarero. Le decíamos El Chino. De veintidós a veinticuatro años, mediano, fuerte, suma-



Alicia Sierra

mente atractivo para las mujeres, sabía ser buen amigo. Un día sonó la campana de alarma. Las gentes que tenían alguna ocupación, la dejaron y corrieron con los demás, a pegarse de los alambres del mercado de La Hacienda. La noticia se regó como los titulares de primera plana de un periódico. Había estallado un incendio en uno de los pisos superiores de la mina y cientos de mineros habían quedado aislados y en inminente peligro de muerte. Las mujeres llegaron llorosas a los alambrados, con el niño en brazos, con la bola de masa de maíz en la mano, con la seña de lo último que estaban haciendo en casa. Las gentes corrían de un lado para otro y el espan-

to se pintaba en los ojos de los mineros que andaban fuera. La campana del malacate sonaba triste, triste. De la boca de la mina pareció salir algo de humo. Los jefes andaban alarmadísimos. Cientos de hombres estaban en las entrañas de la tierra trabajando confiadamente y ajenos al peligro que les amenazaba. Los mineros, silenciosos, se movían de prisa. La voz de los jefes, en difícil castellano, sonó autoritaria: "hay que prevenir a los trabajadores y prepararse para el salvamento". Las gentes del pueblo iban y venían con la angustia en el rostro. El que menos tenía un amigo, pero también allá, en peligro, estaba un compadre, un hermano, un hijo, un padre, un

prometido, que necesitaba el socorro inmediato, la voz oportuna y la ayuda eficaz. Un corto circuito quemó los alambres y apagó la luz. Los ventiladores se pararon bruscamente y las bombas fueron dejando de funcionar una tras otra. El agua dejó salir y en la oscuridad fue amenaza de muerte que se acercó a los trabajadores por la espalda. La orden era terminante: bajar a todos los pisos y dar la voz de alarma. El que no pudiera salir por otra bocamina debía concentrarse en el tiro y subir con orden y rapidez.

No debía perderse una sola vida humana. La campana anunció que bajaba la jaula con gente. A poco, venía de regreso. Los mineros salían tosiendo y respirando profundamente: no habían podido bajar. Nuevos voluntarios que intentaban bajar. El toque triste de la campana, el elevador que bajaba y a poco tiempo la señal de regreso, las caras amarillas, las toses reseca y los pasos vacilantes. En los alambrados se hacían huecos con los que se iban consternados, pero los que llegaban mantenían la guardia de agonía oyendo la campana y viendo subir y bajar la jaula del malacate. Así pasaron horas y horas, días enteros, noches completas de angustia, de resignación, de esperanza. Los mineros fueron saliendo poco a poco. El que andaba fuera era visto con envidia. ¡Cómo, en lugar de éste, no salió fulano!... ¡A lo mejor ya murió y no pudimos ayudarlo! ¡Maldita compañía, que no tiene cuidado! ¡Aquí la vida humana vale un bledo! Otros comentaban: “Esto se previó hasta donde se pudo, fue una desgracia, todos han hecho su esfuerzo, nadie tiene la culpa”. Y la campana continuaba su canción de tragedia, interminable. Cada campana repercutía en el fondo del corazón de las madres y de los parientes cercanos. Para colmo de males, comenzó a llover. Los días se hicieron grises, húmedos y fríos, como los tañidos de la campana. No recuerdo de cuántos fue el último equipo de salvamento. Los obreros se formaron. Se preguntó quienes

querían exponerse para salvar a los que quedaron abajo. Y los obreros contestaron que se señalara a los mejores, porque todos querían ir. Aquello pasaba como en una conversación de poca importancia. Fueron escogidos los que estaban en mejores condiciones físicas, entre ellos, el Chino Carero. Parece que fracasaron en uno o dos intentos, pero pudieron bajar y se repartieron en los túneles de la mina. Los mineros empezaron a salir, cada vez, a puñados. El elevador se paraba en el piso de que era pedido y subía con velocidad inusitada. Afuera, el que iba saliendo, era saludado como si viniera del más allá. Parecía mentira: todavía estaban vivos. La mina los devolvía. No se los había comido. Se reservaba los mejores, tal vez. Fueron quedando menos, hasta que los del último grupo de salvamento fueron los que se quedaron abajo. De ellos salieron unos cuantos. Otros, no volvieron a salir. ¡Pobre Chino Joaquín Jarero! Con el agua a la cintura, quedó a menos de un paso de la vida. La fuerza no le alcanzó para oprimir el swicht que bajaría la jaula. ¡Dieron su vida él y otros, para salvar la de muchos! Estaba lloviznando todavía. Por el camino hacía hilo, como las hormigas, los mineros, llevando lentamente los cadáveres de los muertos: triste presente para las pobres madres que habían dejado ir al hijo sano, y recibían un cadáver...”

Escasas notas testimoniales como las de Ibarra. Las más, hablan de la frivolidad de la aristocracia rosarense; pero pocos, o nadie, han apuntado que todos esos mineros eran enterrados en fosas comunes porque no merecían el ataúd, la lápida. El mármol se traía de Mazatlán para que las tumbas de los ricos, de norteamericanos que repartían dividendos cada tres meses y de sus cómplices regionales. ■

Notas:

Crónica extraída del libro de Dámaso Murúa, *El mineral de los cauques*, págs. 70-83, Editado en agosto de 1966, en México D.F.

El Grupo Minero México, que opera en Coahuila y acaba de sufrir muertes de mineros, continúa operando hoy en el Rosario, Sinaloa.